



JORGE LUIS BORGES Y LA TRADICIÓN JUDAICA

Irma Céspedes Benítez
Carmen Balart Carmona

RESUMEN:

En más de una ocasión Borges se interesó por la cábala judía a la que se vincula su alefato o alfabeto y su metafísica. Reconociendo no conocer la lengua hebrea, le interesan, sin embargo, los procedimientos hermenéuticos vinculados con ella: notaricón, gematría.

Constructor incesante de la palabra, no es de extrañar que descubra con fascinación el mundo del verbo que postula la tradición judía. La palabra es creadora de mundo. Recordemos que la tradición bíblica en sus primeras postulaciones afirma que Dios creó el mundo con Su palabra y que esta palabra es el Verbo.

Borges sintió fascinación por este ejercicio dialéctico que permite a la mente ascender al vacío inimaginable desde el cual se precipitan las energías primigenias para condensarse en la creación de un mundo gestado en la palabra, que supone la tradición hebrea.

ABSTRACT:

Borges more than once showed an interest in the Jewish cabala, which is closely related to his alephate or alphabet and to his metaphysics. Although he admits that he does not speak Hebrew, he is interested in its hermeneutic procedures: notaricón, gemetrics.

An incessant constructor of words, it is not surprising that he is fascinated to discover the world of words as postulated by Hebrew tradition. The word is a creator of the world. Let us not forget that according to early Biblical tradition, God created the world with His word and that this word is the Word.

Borges was fascinated with this dialectical exercise that enables the mind to fly into the unimaginable vacuum which generates the energies required to create a world based on words, as expressed in Hebrew tradition.

¿Es Borges un escritor metafísico? Creemos que sobradamente ha respondido Sábato a esta pregunta, demostrando que en América se vivencia día a día la transitoriedad de la existencia, lo que da a la literatura marcado carácter metafísico, incluso a la manifestación popular, el tango, definido por Discépolo como “un pensamiento triste que se baila”: “*Tanto los anglosajones en el norte como los españoles en esta parte de la América del Sur se encontraron en llanuras inmensas en las que, a diferencia de Perú o México, no existían poderosas civilizaciones indígenas sino tribus nómades y primitivas. Mientras los mayorazgos de la nobleza hispana se instalaban en las cortes de Lima o de México, aquí llegaban los amargados segundones para probar fortuna en este gigantesco territorio vacío. En este paisaje abstracto y desolado. Y así como las tres religiones occidentales surgieron en solitarios hombres enfrentados con el desierto, aquí comenzó a desarrollarse ese temperamento metafísico y meditativo que tipificaría el gaucho de nuestras estepas, en medio de esa metáfora de la nada y de lo Absoluto que es la llanura sin límites ni atributos*” (Sábato, Ernesto, 1968, p. 31).

Pero en el escritor que estudiamos, todo acercamiento metafísico es interés estético, juego estilístico. Borges escribe lo que no vive. Las paradojas lógicas, el eterno retorno, la permanente relectura, el mito instaurado en el presente absoluto de la creación literaria, son frecuentes en su narración. Un ecléctico que no busca la verdad sino que, una y otra vez, recrea lúdicamente el vacío. Hay un gozo en el juego, un afán de plantearse platónicamente frente a la creación, espejo de espejos

Acuciado por la necesidad de saber, de dilucidar los enigmas del hombre y de la naturaleza, podríamos decir que nunca logra resolver la antinomia que analiza en “De las alegorías a las novelas”: *“Observa Coleridge que todos los hombres nacen aristotélicos o platónicos. Los últimos intuyen que las ideas son realidades; los primeros que son generalizaciones; para éstos, el lenguaje no es otra cosa que un sistema de símbolos arbitrarios; para aquéllos es el mapa del universo. El platónico sabe que el universo es de algún modo un cosmos, un orden; ese orden, para el aristotélico puede ser un error o una ficción de nuestro conocimiento parcial. A través de las latitudes y de las épocas, los dos antagonistas inmortales cambian de dialecto y de nombre: uno es Parménides, Platón, Spinoza, Kant, Francis Bradley; el otro Heráclito, Aristóteles, Lock, Hume, William James. [...] Las dos tesis corresponden a dos maneras de intuir la realidad”* (Borges, Jorge Luis, 1971, p. 215).

Este Borges que se definiría aristotélico siente una curiosa atracción por el mundo mítico y por lo fantástico. Recordemos la selección de cuento fantástico que publicara con Bioy Casares, por ejemplo, sin contar el mundo que crea en sus cuentos reunidos en *Ficciones* y en *El Aleph*.

No puede dejar de percibir la literatura como un modo –extraño e inútil, pero al que debe dedicarse la vida– de crear sueños posibles e imposibles. En la Cábala judía descubre que la función que corresponde a la palabra, no sólo en su significado, sino también en su forma, es la de crear mundo, por cuanto cada letra no sólo es un regalo de Dios, una emanación divina, un arquetipo, sino, sobre todo, una energía primigenia que, más allá de las combinaciones lingüísticas, se transmite, a quien quiera percibirla.

En “La escritura de Dios” reemplaza el mito de la caverna de Platón por la cárcel, profunda y de piedra, donde Tzinacán, el mago de la pirámide de Qaholom, comparte el encierro con el jaguar; y que vive, enloquecido o cuerdo, la experiencia de la unión con la divinidad que lo hace olvidar su propia personalidad: *“Quien ha entrevistado el universo, quien ha entrevistado los ardientes designios del universo, no puede pensar en un hombre, en sus triviales dichas o desventuras, aunque ese hombre sea él. Ese hombre ha sido él y ahora no le importa. Qué le importa la suerte de aquel otro, qué le importa la nación de aquel otro, si él ahora es nadie”* (Ibídem, pp. 208-212). El nombre de Emma Zunz concita una concentración de energías (Z) que sube (u) y baja (n) permaneciendo siempre energía (z). Emma acoge para engendrar una acción que se define como causa / efecto.

Podríamos llegar a interpretar el *Aleph*, que, en el cuento homónimo, designa “uno de los puntos, el microcosmos de los alquimistas y cabalistas”, como un intento de generar con cada uno de los cuentos que lo conforman, un verdadero alefato de lo mítico y fantástico con lo monstruoso: “El muerto” representaría el poder; “Emma Zunz”, la venganza; “El Inmortal”, el conocimiento o la apetencia de eterna juventud; “La Casa de Asterión”, la soledad; “La intrusa”, el sexo; “Tadeo Isidoro Cruz”, el destino; “La escritura de Dios”, la

pérdida de la identidad y así, sucesivamente, en un desesperado intento por decir lo indecible, expresar lo inexpressable.

Es el misterio que el narrador de "El Aleph" expresa: *"Arribo ahora, al inefable centro de mi relato; empieza aquí, mi desesperación de escritor. Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos, cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten; ¿cómo transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca? Los místicos, en análogo trance prodigan los emblemas: para significar la divinidad, un persa habla de un pájaro que de algún modo es todos los pájaros; Alanus de Insulis, de una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna; Exequiel, de un ángel de cuatro caras que a un tiempo se dirige al oriente y al occidente, al norte y al sur (No en vano rememoro esas inconcebibles analogías; alguna relación tienen con el Aleph.) Quizá los dioses no me negarán el hallazgo de una imagen equivalente, pero este informe quedaría contaminado de literatura, de falsedad. Por lo demás, el problema central es insoluble: la enumeración, siquiera parcial, de un conjunto infinito. En ese instante gigantesco he visto millones de actos deleitables o atroces: ninguno me asombró como el hecho de que todos ocuparan el mismo punto, sin superposición y sin transparencia. Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré sucesivo; porque el lenguaje lo es."*

INTERÉS POR LA CÁBALA

Hombre de amplia cultura, incesante lector, especialmente de los escritores clásicos, de los ingleses y germánicos; le interesa todo aquello que la mente humana pudo formular a través de la más amplia gama creativa.

En más de una ocasión, Borges se interesó por la cábala judía a la que se vincula su alfabeto o alfabeto y su metafísica. Si consideramos que la denominada cábala hebrea es básicamente una hermenéutica del texto sagrado, la Torah judía, uno de cuyos postulados es que el hombre que crea la palabra, en un plano de acción o de realización es, a su vez, creado por ésta en un nivel más sutil de creación y emanación, comprendemos, fácilmente, el encanto que por ella experimenta Borges. Sosnowski subraya que *"este interés de Borges radica en el artificio del idioma, en los procesos hermenéuticos que reflejan realidades que pueden o no ser arbitrarias, pero que satisfacen la imaginación del creador, que entabla un diálogo y que proyectan un desafío para los iniciados"* (Sosnowski, Saúl, s/a, p. 4).

Reconociendo Borges no conocer la lengua hebrea, afirma que le interesan, sin embargo, los procedimientos hermenéuticos vinculados con la Cábala que permiten permutaciones infinitas: notaricón¹, gematría², temura³. Constructor incesante de la palabra, no es de

¹ Significa abreviatura y se aplica a un método cabalístico que consiste en formar una nueva palabra con las iniciales de dos o más. Por ejemplo, según la tradición judía (compárese con lo que Dante propone en su *Banquete*), existen cuatro aproximaciones básicas al texto: Pesat o lectura inicial que permite conocer el significado aparente de las palabras; Remez y Decarás que nos hacen traspasar desde el nivel del argumento a la idea que implican esas palabras y Sod, secreto que se esconde tras las palabras y que implica el verdadero y único mensaje velado tras la forma. Estas tres palabras dan origen, por las técnicas de este método a PaRDés (Paradiso).

² Cada letra del alfabeto corresponde a un número; es decir, el lenguaje bíblico funciona como una especie de Matemática cósmica y metafísica.

³ Permutación o trueque, método anagramático que permite cambiar el orden de la letras de una palabra para formar otra que permita explicar el significado de la primera.

extrañar que descubra con fascinación el mundo del verbo que postula la tradición judía. Nuestros sistemas científicos de estudio de la lengua postulan la palabra como mero signo arbitrario y convencional. No es esa la experiencia del escritor. La palabra es verdaderamente creadora de mundo. Recordemos que la tradición bíblica en sus primeros versículos afirma que Dios creó el mundo con su palabra y que esta palabra es el Verbo.

Justifica su interés por los métodos cabalísticos y quiere vindicar *“los procedimientos hermenéuticos o criptográficos que a ella conducen. Estos procedimientos, como se sabe, son la lectura vertical de los textos sagrados, la lectura boustrophedon (de derecha a izquierda un renglón y de izquierda a derecha el siguiente), metódica sustitución de unas letras del alfabeto por otras, la suma del valor numérico de las letras, etc.”* (Borges, Jorge Luis, 1989, pp. 209-212). Indudablemente, Borges sintió fascinación por este ejercicio dialéctico que permite a la mente ascender al vacío, no a la nada, sino a ese ámbito impensable, inimaginable desde el cual se precipitan las energías primigenias para condensarse en la creación de un mundo gestado en la palabra, que supone la tradición hebrea. Un jeroglífico, denominado Árbol de la Vida o Sefirótico sintetiza esta propuesta. *“El Árbol Sefirótico se compone de las 22 letras del alfabeto hebraico y de los diez sefirot. Eso en cuanto a lo visible, a lo computable. La Tradición establece un halo luminoso sobre cada letra y cree que, así como Dios creó el mundo con Su lenguaje, con ese mismo lenguaje nosotros podemos acercarnos a Dios”* (Satz, Mario, 1982, p. 27).

EL LIBRO

Un libro es un mundo, un texto, un tejido, formado por oraciones. El centro de ese texto, su núcleo, es la Palabra, el Verbo, divino creador. Con la Palabra Dios construyó mundo: “Hágase la luz” y la luz fue hecha. De allí que todo texto, aunque no lo advirtamos sea mágico, a menos que lo prostituyamos. Y bien sabe de esto Borges, el creador magnífico de tanto mundo maravilloso.

En su disertación VI “La Cábala”, Borges se refiere extensamente al libro y a la diferencia conceptual entre la antigüedad y el momento presente: *“Ahora pensamos que el libro es un instrumento para justificar, defender, combatir, exponer o historiar una doctrina. En la Antigüedad se pensaba que un libro es un sucedáneo de la palabra oral: sólo se lo veía así [...] Los libros eran venerados, pero no se los consideraba sagrados. El concepto es específicamente oriental [...] Para los ulemas, para los doctores de ley musulmanes, el Corán no es un libro como los demás. Es un libro (esto es increíble, pero es así) anterior a la lengua árabe; no se lo puede estudiar ni histórica ni filológicamente pues es anterior a los árabes, anterior a la lengua en que está y anterior al universo. Ni siquiera se admite que el Corán sea obra de Dios; es algo más íntimo y misterioso, la madre del libro, que es el arquetipo celestial del Corán, que está en el cielo y que veneran los ángeles. Tal la noción de un libro sagrado, del todo distinta de la noción de un libro clásico. En un libro sagrado son sagradas no sólo sus palabras sino las letras con que fueron escritas”* (Borges, Jorge Luis, 1986, p. 126).

“A través del lenguaje y desgajando significados aparienciales, se trata de llegar al centro que “todo” lo explica –sea ese centro un jardín con senderos que se bifurcan, las rayas de un tigre, el verdadero sentido del sonido “moon”–. El punto de partida siempre estalla al nivel del lenguaje; el arribo puede otorgarle sentido al perseguidor o beneficiarlo con una muerte que ya entonces dejará de importar.

Que Dios ha creado el universo por medio del Verbo es un axioma sine qua non de la Cábala. El estudio del Secreto de la creación forma parte del deseo de un núcleo de iniciados de penetrar al mundo divino y de participar en la cosmogonía que rige el universo. El orden de este universo no es dilucidado. [...] El estado universal es explicado (justificado) como producto de una inteligencia divina, infinita y todopoderosa cuyos alcances la razón deberá acatar si desea permanecer dentro de una concepción teológica. Borges no acepta ese límite y por ello busca nuevas aperturas a través del lenguaje. El interés no es teológico, quizá tampoco filosófico; el elemento lúdico parece esconderse tras toda aserción y sentencia como esos espejos que lo acechan en la oscuridad nocturna para reproducir y distorsionar aquello que posee ecos de solemnidad. Esta actitud debe ser recordada cuando se intenta estudiar su visión del lenguaje en términos análogos a los de la Cábala: los cabalistas arriesgaban sus destinos eternos en procesos hermenéuticos; Borges sólo arriesga su entretenimiento (y el del fortuito lector) al exponer su propia visión de la realidad” (Sosnowski, Saúl, s/a, pp. 27-28).

No concordamos plenamente con la opinión de Sosnowski. Consideramos que Borges es un incesante y racional buscador de trascendencia. La curiosidad lo impulsa, tal vez con mayor fuerza que el interés lúdico. La curiosidad, el deseo de saber y de experimentar subyace en esta aproximación a la cábala y a toda forma de pensamiento posible.

EL GOLEM

Autor y lector de escrituras múltiples, pareciera tener presentes los misterios de la tradición hebrea a la que se aproximara gracias a la lectura de *El golem* de Gustav Meyring, el primer libro que Borges leyera en alemán; y a conversaciones con el profesor de Cábala y Mística de la Universidad de Jerusalén, Gershom Scholem.

*“Las leyendas del golem han sido hermosamente aprovechadas por Gershom Scholem en su libro **El simbolismo de la cábala** que acabo de leer [...] Se supone que si un rabino aprende o llega a descubrir el secreto nombre de Dios y lo pronuncia sobre una figura humana hecha de arcilla, ésta se anima y se llama golem [...] En cada uno de nosotros hay una partícula de divinidad. Este mundo, evidentemente, no puede ser la obra de un Dios todopoderoso y justo, pero depende de nosotros. Tal es la enseñanza que nos deja la cábala, más allá de ser una curiosidad que estudian historiadores o gramáticos. Como el gran poema de Hugo **Ce que dit la bouche d’ombre**, la cábala enseñó la doctrina que los griegos llamaron **apokatástasis**, según la cual todas las criaturas, incluso Caín y el Demonio volverán, al cabo de largas transmigraciones, a confundirse con la divinidad de la que alguna vez emergieron” (Borges, Jorge Luis, 1986, pp. 138-139).*

En diversas ocasiones, directa o indirectamente, Borges se aproxima a la Cábala y a sus tradiciones. Desde el título de una de sus obras: *El Aleph* hasta sus artículos y conferencias: “La Cábala” y “Una vindicación de la Cábala”, sin contar con poemas como “El golem” o “Israel”. Oscar Hahn (Hahn, Oscar, 1971, pp. 103-108) analiza los puntos de contacto entre “Las ruinas circulares” (1941) y el Golem (1958). Ambas obras coinciden en la idea de que “*el creador es de la misma condición que la criatura; es decir, que de otra perspectiva, el creador también es un golem, un ser irreal, imperfecto, parasitario: un simulacro. Este hecho se mantiene oculto hasta las últimas líneas. Y allí emerge en gloria y majestad el tópico de **vanitas vanitatum**. La vanidad de creerse real, se paga con la humillación de comprobarse irreal; la vanidad de creerse un Dios, con la constatación de que se es un*

golem” (p. 106). En ambas obras se postula el poder mágico, engendrador de vida de las palabras rituales de invocación a la divinidad. La omnipotencia de los nombres divinos es otro motivo recurrente en la obra de Borges y en la historia de la humanidad.

EL ESPEJO

Atraído por el misterio de la lectura que nos revela un nuevo rostro en cada obra, una y otra vez, lector infatigable se aproxima a ese espejo de mil caras como a la sabana infinita de su paisaje natal.

De alguna manera, en sus poemas “A Israel” e “Israel” encontramos verbalizada la esencia del árbol cabalístico. Veamos algunas coincidencias en “A Israel”.

La historia de la humanidad o la del Pueblo elegido por Dios para dar su testimonio es un texto y tal vez cada uno de nosotros no sea sino una letra o una oración de dicho texto. Cada ser humano tiene su lugar en el decurso histórico, texto escrito por Dios. Por ello, es importante preguntarse cuál es la función, el papel que le cabe en éste. Y ese rol depende de los propios ancestros. No nos extrañe, entonces, que una y otra vez Borges se pregunte:

1. ¿Quién me dirá si estás en el perdido
2. Laberinto de ríos seculares
3. De mi sangre, Israel? ¿Quién los lugares
4. Que mi sangre y tu sangre han recorrido?
5. No importa. Sé que estás en el sagrado
6. Libro que abarca el tiempo y que la historia
7. Del rojo Adán rescata y la memoria
8. Y la agonía del Crucificado.
9. En ese libro estás, que es el espejo
10. De cada rostro que sobre él se inclina
11. Y del rostro de Dios, que en su complejo
12. Y arduo cristal, terrible se adivina.
13. Salve, Israel, que guardas la muralla
14. De Dios, en la pasión de tu batalla. (*Obras completas*, p. 996)

En este soneto, encontramos evidentes temáticas propias de la cábala expresadas en palabras como Laberinto, sagrado Libro, rojo Adán, espejo, rostro de Dios, cristal, muralla, batalla. Analicemos la estructura métrica de esta composición:

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1	Qui-ñ	me	di	ñi	si es	ñi s	en	el	per	dL	do
2	La	be	ñin	to	de	ñt	os	se	cu	lD	res
3	De	mi	sñn	gre ls	ra	H	quion	los	lu	gD	res
4	Que	mi	sñn	gre y	tu	sDñ	gre han	re	co	rrL	do
5	No im	pñr	ta	Sñ	que es	tñs	en	el	sa	grD	do
6	Lñ	bro	que a	bñr	ca el	ñim	po y	que	la his	tñr	ria
7	Del	rñr	jo A	dñn	res	cñD	ta y	la	me	mñR	ria
8	Y	la a	go	nñ	a	del	Cru	ci	fi	cñD	do
9	En	es	te	lñ	bro es	tñs	que es	el	es	pñH	jo
10	De	cñD	da	rñs	tro	que	so	bre pl	se in	cñL	na
11	Y	del	rñs	tro	de	Dñrs	que en	su	com	pñH	jo
12	Y Dñ	duo	cris	tñ	te	rrñL	ble	se a	di	vñL	na
13	SñD	ve ls	ra	H	que	gñDr	das	la	mu	rñD	lla
14	De	Dñrs	en	la	pa	siñn	de	tu	ba	tñD	lla

Hemos destacado las vocales tónicas con el objeto de reconocer los ritmos que introduce en el poema. Esto nos permite apreciar que emplea preferentemente el ritmo sáfico (4, 6, 10, versos 5, 6, 7, 8, 9, 12, 13) y lo alterna con el enfático (1, 6, 10; vv.1, 6, 12), el heroico (2,6,10, vv.5, 7, 10,14). Es decir, emplea el polirrítmico, conforme la tradición castellana.

Las columnas que corresponden a las sílabas 6 y 10 las hemos marcado como axiales, las consideramos **ejes del poema** en cuanto están marcadas por el acento la primera y por las conjunciones de acento, rima y pausa la segunda.

Sabemos que el soneto es vehículo apropiado para tratar temas de las más diversas índoles: filosófico, literario, religioso, etc. En esta composición, por hipotética herencia de sangre o por sangre de cultura, Borges expresa un sentirse comprometido con el pueblo elegido. Ha sido lector del libro que es reflejo de Dios mismo. Libro que empieza con Adán y culmina para nuestra cultura cristiana occidental en Cristo, el Crucificado. Esta síntesis judeo-cristiana se expone progresivamente a través de construcciones morfosintácticas que dan variedad, dinamismo y rasgos patéticos a su desarrollo.

El primer cuarteto se abre con una interrogante que nos lleva al plano físico, fisiológico y genético del hablante lírico y, luego, en una segunda interrogante al espacio material, físico del universo. En el segundo cuarteto, una afirmación resta importancia y validez a la primera inquietud y nos instala en el ámbito mental, en el de las creencias y de la cultura. No importa que Israel no esté en mi sangre, han coincidido en el Libro sagrado que abarca el tiempo y reúne las historias de Adán y del Crucificado.

Los tercetos reafirman la idea, pero van más allá, trascienden los planos físico y mental para remontarse al misterio de Dios de cuyo reflejo proceden el Libro y cada rostro que en ese Libro, como en un espejo se refleja. Se cierran los tercetos con un epifonema, una exclamación de saludo a Israel en cuanto guardián de la muralla de Dios.

La admiración por el pueblo judío se reitera en su poema "Israel":

*Un hombre encarcelado y hechizado,
Un hombre condenado a ser la serpiente
Que guarda un oro infame,
Un hombre condenado a ser Shylock,
Un hombre que se inclina sobre la tierra
Y que sabe que estuvo en el Paraíso
Un hombre viejo y ciego que ha de romper
Las columnas del templo,
Un rostro condenado a ser una máscara,
Un hombre que a pesar de los hombres
Es Spinoza y el Baal Shem y los cabalistas,
Un hombre que es el Libro,
Una boca que alaba desde el abismo
La justicia del firmamento,
Un procurador o un detista
Que dialogó con Dios en una montaña,
Un hombre condenado a ser el escarnio,
La abominación, el judío,
Un hombre lapidado, incendiado
Y ahogado en cámaras letales,
Un hombre que se obstina en ser inmortal
Y que ahora ha vuelto a su batalla,
A la violenta luz de la victoria,
Hermoso como un león al mediodía. (Obras completas, p. 997)*

En estos dos poemas, hay voces claves que podemos relacionar con palabras que generalmente se emplean en la traducción del simbolismo cabalístico. Pero, sobre todo, encontramos que, a través de sus palabras, se esbozan algunos postulados de la tradición hebrea. Y no podemos olvidar que Dios y los misterios del Cosmos son motivos fundamentales y constantes del crear y pensar borgianos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alazraki, Jaime** (1974): *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, 2ª ed., Madrid, Gredos.
- Alazraki, Jaime** (1976): *Jorge Luis Borges*, Madrid, Taurus.
- Barrenechea, Ana María** (1967): *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Paidós.
- Borges, Jorge Luis** (1952): *El Aleph*, 2ª ed., Buenos Aires, Losada.
- Borges, Jorge Luis** (1971): *Nueva antología personal*, 2ª ed., México, Siglo XXI.
- Borges, Jorge Luis** (1986): "La Cábala", en *Siete noches*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Borges, Jorge Luis** (1989): "Una vindicación de la cábala", en *Obras Completas*, Emecé.
- Hahn, Oscar** (1971): "El motivo del Golem", en *Las ruinas circulares de Jorge Luis Borges*, en *Revista Chilena de Literatura* N° 4, pp. 103-108.
- Sábato, Ernesto** (1968): "Sobre los dos Borges", en *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo*, Robbe Grillet, Borges, Sartre, Santiago, Editorial Universitaria, pp. 31-62.
- Satz, Mario** (1982): *Árbol Verbal. Nueve notas en torno a la Kábala*, Jerusalem, La Semana.
- Sosnowski, Saúl (s/a)**: *Borges y la Cábala, La búsqueda del verbo*, Buenos Aires, Paidós.